

un par de pistolas de piston, y disfrazó mal el placer que le causaría la posesion de aquella arma; pero yo no podia ofrecérsela, pues aquellas eran mis pistolas de batalla, que queria conservar hasta mi vuelta à Europa. Le regalé un reloj de oro para su muger, regalo que recibió con toda la cortés resistencia que pondriamos en Europa para aceptar uno semejante, y aun afectó quedar completamente satisfecho, aunque para mí era evidente su predileccion por el par de pistolas. Trajéronnos una multitud de almohadones y de alfombras para acostarnos; los tendimos sobre el divan donde él dormia tambien, y nos dormimos al rumor del rio que murmuraba bajo nuestras camas.

Salimos al dia siguiente con el alba,—cruzamos la segunda mitad de la aldea de Zebdani, mas hermosa aún que la que habiamos visto la víspera. El jeque nos hace escoltar hasta Damasco por algunos hombres à caballo de su tribu: allí despedimos à los ginetes del emir de Balbek, que no estarian seguros en el territorio de Damasco. Andamos durante una hora por caminos cercados de cetos vivos, tan anchos como en Francia y perfectamente cuidados. Una bóveda de albericoques y de perales cubre el camino; à derecha é izquierda se estienden vergeles sin fin, luego campos cultivados, llenos de hombres y de ganados: todos estos vergeles están regados por arroyos que bajan de las montañas à la izquierda. Las

montañas están cubiertas de nieve en sus cimas; la llanura es inmensa y nada la limita à nuestra vista mas que las arboledas en flor. Despues de haber caminado así tres horas como en medio de los mas deliciosos paisages de Inglaterra ó de Lombardía, sin que nada nos recordase el desierto y la barbarie, llegamos à un país estéril y mas quebrado: la vegetacion y el cultivo desaparecen casi del todo. Colinas de roca, apenas cubiertas de un musgo amarillento, se estienden delante de nosotros, limitadas por montañas grises mas altas, é igualmente peladas. Hacemos alto bajo nuestras tiendas, al pié de aquellas montañas, lejos de toda habitacion: allí pasamos la noche à la orilla de un torrente profundamente encajonado que resuena como un trueno sin fin en una garganta de peñascos y arrastra aguas fangosas y copos de nieve.

A las seis montamos à caballo: como aquella va à ser nuestra última jornada, completamos nuestros trages turcos para no ser reconocidos por Francos en las cercanías de Damasco. Mi muger se viste como las mugeres árabes y un largo velo de lienzo blanco la rodea de pies à cabeza. Nuestros árabes se acicalan tambien un poco y nos enseñan con el dedo las montañas que aun nos falta pasar, gritando: Scham! Scham! que es el nombre árabe de Damasco.

La fanática poblacion de Damasco y de los países circunvecinos ecsige estas precauciones de parte de los Francos que se aventuran à visitar esta ciudad. Solos entre los orientales, los damasquinos abrigan en sus pechos cada vez mas activo el odio religioso y el horror al nombre y al trage europeos; tambien son los únicos que constantemente se han negado à admitir los cónsules y aun los agentes consulares de las potencias cristianas. Damasco es una ciudad santa, fanática y libre, y nada debe mancillarla.

A pesar de las amenazas de la Puerta, à pesar de la intervencion mas temida de Ibrahim-Bajá y de una guarnicion de doce mil soldados egipcios ó estrangeros, la poblacion de Damasco se ha obstinado en negar al cónsul general de Inglaterra en Siria la entrada en su recinto: dos sediciones terribles ha habido en el pueblo por solo haber corrido la voz de que se acercaba dicho cónsul, y si no se hubiera vuelto atras, hubiera sido hecho pedazos. Las preocupaciones sobre este punto continúan siendo siempre las mismas; la llegada de un europeo en trage franco seria la señal de un nuevo alboroto, y aun tememos que haya llegado à Damasco la nueva de nuestro viage y nos esponga à serios peligros. Hemos tomado todas las precauciones posibles; todos vamos vestidos rigorosamente à la turca. Un solo europeo, que ha adoptado las costumbres y el trage árabe,

y que pasa por un comerciante armenio, se ha espuesto de muchos años à esta parte al peligro de habitar semejante ciudad, para ser útil al comercio del litoral de la Siria y à los viajeros à quienes su destino impele à estas regiones inhospitalarias: este es M. Baudin, agente consular de Francia y de toda Europa. Antiguo agente de lady Stanhope, à quien acompañó en sus primeros viages à Balbek y à Palmira, empleado luego por el gobierno francés para la adquisicion de caballos en el desierto, M. Baudin habla el árabe como un árabe, ha entablado relaciones de amistad y de comercio con todas las tribus errantes de los desiertos que rodean à Damasco, y se ha casado con una muger árabe, de origen europeo. Diez años hace que vive en Damasco, y à pesar de las numerosas relaciones que ha formado, muchas veces ha visto amenazada su vida por el fanático furor de los habitantes del pueblo. Dos veces ha tenido que huir para evitar una muerte segura. Se ha construido una casa en Saklé, pueblecito cristiano situado en las faldas del Líbano, y allí es donde se refugia en los tiempos de alboroto popular. M. Baudin, cuya vida está continuamente en peligro en Damasco, y que es, en esta gran capital, el único medio de comunicacion, el único eslabon de la política y del comercio de Europa, recibe del gobierno francés por única retribucion de sus inmensos servicios un módico sueldo de 1500

francos (sobre 6.000 reales de bellon), al paso que algunos cónsules, rodeados de todas las seguridades y de todo el lujo de la vida en las otras escalas de Levante, reciben honrosas y pingües retribuciones. No puedo comprender por efecto de qué indiferencia y qué injusticia los gobiernos europeos y el gobierno francés sobre todo, desatienden y desheredan así á un jóven, inteligente, probo, servicial, animoso y activo que hace y podria hacer, mas y mas utilísimos servicios á su patria.

Yo habia conocido á M. Baudin en Siria, el año anterior, y habia concertado con él mi viage á Damasco. Hoy por la mañana le despacho un árabe para informarle de la hora á que llegaré á las cercanías de la ciudad y suplicarle que me envíe un guia para dirigirme.

A las nueve de la mañana, costeamos una montaña cubierta de caseríos y huertos de los vecinos de Damasco: un hermoso puente cruza un torrente al pié de la montaña. Vemos numerosas hileras de camellos que acarrear piedras para construcciones nuevas; todo indica la procsimidad de una gran capital; una hora despues vemos, en la cima de un collado, una pequeña mezquita aislada, residencia de un solitario musulman; hay una fuente junto á la mezquita, y varias tazas de cobre, atadas con cadenillas al pilon, brindan al viagero á apagar la sed; hacemos alto un momento en aquel sitio, á la sombra de un sicomoro; ya el camino es-

tá cubierto de viageros, de laboradores y de soldados àrabes; volvemos á montar á caballo, y despues de haber subido algunos centenares de pasos, entramos en un profundo desfiladero, limitado á la izquierda por una montaña de esquita, perpendicular sobre nuestras cabezas, y á la derecha, por un peñasco de treinta à cuarenta piés de elevacion; la bajada es rápida, y las piedras rodadizas resbalan bajo los piés de nuestros caballos. Yo iba á la cabeza de la caravana, á algunos pasos detras de los árabes de Zebdani; de pronto se paran y prorumpen en gritos de alegria enseñándome una abertura en el realce del camino; me acerco, y veo por el escote de la roca, el mas magnífico y singular horizonte que jamas ha asombrado una mirada humana;—era Damasco y su desierto sin límites, á algunos centenares de piés bajo mis pisadas; la mirada caia primeramente sobre la ciudad, que rodeada de sus murallas de mármol amarillo y negro, flanqueada por sus innumerables torres cuadradas de trecho en trecho, coronada de sus almenas esculpidas, dominada por su selva de minaretes de todas formas, surcada por los siete ramales de su rio y sus arroyos sin número, se estendia hasta perderse de vista en un laberinto de jardines en flor, tendia sus inmensos brazos, aquí y allí, en la llanura, por todas partes cubierta de sombra, por todas partes ceñida por el bosque de diez leguas de circuito de sus albericoques, de sus si-

comoros, de sus árboles de todas formas y de toda verdura; parecía perderse de cuando en cuando bajo la bóveda de sus árboles, y luego volvía á aparecer mas lejos en anchos lagos de casas, de arrabales, de aldeas;—laberintos de huertos, de vergeles, de palacios, de arroyos, donde el ojo se perdía y no dejaba un encanto mas que para hallar otro: suspendimos nuestra marcha; todos apiñados en el estrecho boquete del peñasco abierto como una ventana, contemplábamos, ya con exclamaciones, ya en silencio, el magnífico espectáculo que se desplegaba así súbitamente y todo entero á nuestros ojos, en el término de un camino por en medio de tantos riscos y áridas soledades, al principio de otro desierto que no tiene por límites mas que á Bagdad y á Basora, y que no se puede atravesar en ménos de cuarenta días; en fin proseguimos nuestra marcha; el parapeto de peñascos que ocultaba la llanura y la ciudad se iba rebajando insensiblemente y pronto nos dejó disfrutar plenamente de todo el horizonte; ya no estábamos mas que á quinientos pasos de los muros de los arrabales; estos muros, rodeados de lindos kioskos y de caseríos de las formas y arquitectura mas orientales, brillan como un ceñidor de oro al rededor de Damasco; las torres cuadradas que los flanquean y sobresalen encima de su línea, están incrustadas de arabescos, taladrados en ogivas ó arcos diagonales de columnillas sutiles como manojos de juncos y ceñidas de

almenas en formas de turbantes; las murallas están cubiertas de piedras ó de mármoles amarillos y negros, alternados con elegante simetría; las cimas de los cipreses y de los otros grandes árboles que se elevan de los jardines y del interior de la ciudad se abalanzan por cima de las murallas y de las torres, y las coronan con una sombría verdura; las innumerables cúpulas de las mezquitas y de los palacios de una ciudad de cuatrocientas mil almas, repercutaban los rayos del sol poniente, y las azules resplandecientes aguas de los siete rios brillaban y desaparecían sucesivamente por entre las calles y los jardines; el horizonte detras de la ciudad no tenia límites, como el mar, confundiéndose con los purpúreos bordes de aquel cielo de fuego que inflamaba mas y mas la reverberacion de las arenas del gran desierto:—á la derecha, las altas y anchas grupas del Anti-Líbano huían como inmensas olas de sombras, unas detras de otras, ya avanzando como promontorios en la llanura, ya abriéndose como profundos golfos en que se internaba la llanura con sus bosques y sus pueblos, algunos de los cuales tienen hasta treinta mil habitantes; algunos ramales de los rios y dos grandes lagos resplandecían allí, en la oscuridad de la tinta general de verdura en que Damasco parece como sumergida; á nuestra izquierda la llanura era mas anchurosa, y solo á una distancia de doce à quince leguas se hallaban cimas de montañas, encanecidas con la

nieve, que brillaban en el azul del cielo, como nubes sobre el Océano; la ciudad está enteramente rodeada de una selva de vergeles de árboles frutales, en que las vides se entretajan como en Nápoles, y circulan formando guirnaldas entre las higueras, los albericoques, los perales y los cerezos; debajo de estos árboles, la tierra, rica, fértil y siempre regada, está alfombrada de cebada, de trigo, de maiz, y de todas las plantas leguminosas que produce aquel suelo; numerosas casitas blancas brillan de trecho en trecho entre la verdura de aquellos bosques, y sirven de vivienda al hortelano ó de quinta de recreo á la familia del propietario; aquellos huertos están poblados de caballos, de carneros, de camellos, de tórtolas, de todo lo que anima las escenas de la naturaleza; ocupan en general una ó dos fanegas de tierra y están separados unos de otros por tapias de barro ó por hermosos setos vivos; una multitud de caminos, cubiertos de sombra y ceñidos por arroyuelos, circulan entre aquellos huertos, pasan de un arrabal á otro ó conducen á algunas puertas de la ciudad, formando un radio de veinte á treinta leguas de circunferencia al rededor de Damasco.

Hacia algunos momentos que caminábamos en silencio, por aquellos primeros laberintos de vergeles, inquietos por no ver venir al guia que nos estaba anunciado; hicimos alto y al fin llegó; era un pobre armenio mal vestido, y tocado con un turban-

te negro como lo llevaban por obligacion los cristianos de Damasco; acercóse, sin afectacion, á la caravana, dirigió una palabra, hizo una seña, y en vez de entrar en el pueblo por el arrabal y por la puerta que teniamos delante, le seguimos en la direccion de las murallas, á las que casi dimos vuelta por entre aquel dédalo de huertos y de kioskos, y entramos por una puerta casi desierta, inmediata al barrio de los Armenios. La casa de M. Baudin, donde este habia tenido la bondad de disponernos posada, está en este barrio. Nada nos dijeron en la primera puerta de la ciudad; despues de haberla pasado, seguimos largo rato á la vera de unas altas tapias con ventanas enrejadas; el otro lado de la calle estaba ocupado por un profundo canal de agua corriente que hacia girar las ruedas de varios molinos. Al cabo de aquella calle, nos hallamos detenidos y ví una disputa entre mis árabes y los soldados que guardaban una segunda puerta interior, porque todos los barrios tienen una puerta distinta. Yo deseaba no ser conocido y que nuestra caravana pasase por una caravana de tratantes de Siria; pero como la disputa se prolongaba, cada vez mas bulliciosa, y empezaba á agolparse la gente alrededor nuestro, metí espuelas á mi caballo y me puse á la cabeza de la caravana. Provenia el tumulto de que habiendo reparado el piquete de tropas egipcias en dos escopetas de caza que mis criados árabes habian

tapado mal con las mantas de los caballos, no querian dejarnos entrar: una órden de Scherif-Bey, actual gobernador de Damasco, prohibia la introduccion de armas en la ciudad, donde todas las noches se temia una insurreccion y la matanza consiguiente de las tropas egipcias. Por fortuna llevaba yo en el pecho una carta reciente de Ibrahim-Bajá, que saqué y entregué al oficial que mandaba el piquete; leyóla, la puso sobre su frente y en sus labios, y nos hizo entrar, con muchas disculpas y cumplidos. Anduvimos errantes un buen rato por un laberinto de callejuelas sucias y angostas, formadas por dos hileras de casucas bajas, cuyas tapias de barro parecian prócsimas á desmoronarse sobre nuestras cabezas; veíamos en las ventanas, por entre las tejas, hechiceras caras de jóvenes armenias, que acudiendo al ruido de nuestra larga hilera de camellos, nos miraban pasar, y nos dirigian espresiones de saludo y amistad. Parámonos en fin junto á una puertecilla baja y angosta en una calle por donde apenas se podía pasar; apeámonos, y despues de haber atravesado un corredar bajo y oscuro, nos hallamos, como por encanto, en un patio empedrado de már-mol, sombreado por sicomoros, refrescado por dos fuentes morunas y rodeado de pórticos de mármol y de salones ricamente decorados:—estábamos en casa de M. Baudin. Esta casa es, como las de todos los cristianos de Damasco, una choza por fuera y un

palacio delicioso por dentro: la tiranía de la poblacion fanática obliga á estos infelices á ocultar su riqueza y su bienestar bajo las apariencias de la miseria y de la ruina. Descargaron nuestros bagages á la puerta; llenóse el patio con nuestros paquetes, nuestras tiendas, nuestras sillás, y los criados llevaron al kan del bazar.

Diónos á cada uno M. Baudin una linda habitacion amueblada al uso de los orientales, y descansamos en sus divanes y á su mesa hospitalaria de las fatigas de tan largo viage. Un hombre conocido y querido, hallado en medio de una multitud desconocida y de gentes extranjeras, es toda una patria como lo experimentamos al hallarnos en casa de M. Baudin: las dulces horas que pasamos hablando de Europa y de Asia, por la noche, á la luz de su lámpara y al rumor del surtidor de su patio, han quedado impresas en mi memoria y en mi corazon, como uno de los mas deliciosos descansos de mis viages.

M. Baudin es uno de aquellos hombres raros que la naturaleza ha hecho aptos para todo; inteligencia clara y rápida, corazon recto y firme, infatigable actividad:—la Europa ó el Asia, Paris ó Damasco, la tierra ó el mar, á todo se acomoda, y en todas partes halla la dicha y la serenidad, porque su alma está resignada, como la del árabe, á la gran ley que forma el fondo del cristianismo y del islamismo, sumision á la voluntad de Dios y tam-

bien porque lleva en sí aquella ingeniosa actividad de espíritu que es la segunda alma del europeo. Su lengua, su figura, sus modales, han tomado todos los pliegues que la fortuna ha querido darles. Quien le hubiera visto con nosotros hablando de la Francia y de nuestra política inconstante, le hubiera tomado por un hombre llegado ayer de Paris y que debia volverse mañana; quien le hubiera visto por la tarde tendido en su divan, entre un traficante de Bacora y un peregrino turco de Bagdad, fumando la pipa ó el narguilé, revolviendo indolentemente entre sus dedos las cuentas de ámbar del rosario oriental, con el turbante en la cabeza y las babuchas en los piés, pronunciando una palabra cada cuarto de hora sobre el precio del café ó de las pieles, le hubiera tomado por un mercader de esclavos ó por un peregrino de vuelta de la Meca. No hay hombre completo sino el que ha viajado mucho y ha mudado veinte veces la forma de sus pensamientos y de su vida. Los hábitos estrechos y uniformes que adquiere el hombre en su vida regular y en la monotonía de su patria son unos moldes que lo achican todo;—pensamiento, filosofia, religion, carácter, todo es mas grande, todo es mas razonable, todo es mas verdadero en el que ha visto la naturaleza y la sociedad desde muchos puntos de vista. Hay una óptica para el universo material è intelectual. Viajar para buscar la filosofia era una gran sentencia

de los antiguos; pero ellos no viajaban solamente para buscar dogmas desconocidos y lecciones de los filósofos, sino para verlo y juzgarlo todo. Yo por mí siempre me he admirado del modo estrecho y mezquino como consideramos de las cosas, las instituciones y los pueblos; y si se ha ensanchado mi inteligencia, si se han estendido mis miras, si he aprendido á tolerarlo todo comprendiéndolo todo, lo debo únicamente á que muchas veces he mudado de de escena y de punto de vista. Estudiar los siglos en la historia, á los hombres en los viages y á Dios en la naturaleza, es la gran escuela; nosotros lo estudiamos todo en nuestros miserables libros y lo comparamos todo á nuestros ruines hábitos locales; y ¿quién ha hecho nuestros hábitos y nuestros libros? Hombres tan pequeños como nosotros. Abramos el libro de los libros; vivamos, viajemos; el mundo es un libro del cual cada paso que damos nos vuelve una página; el que no ha leído mas que una ¿qué sabe?